

Celeste del Bianco - José María Malvido - Eugenia Traverso Vior

DETRÁS DE LOS BARBIJOS

Curar y cuidar en la pandemia. Crónicas del personal de salud

Prólogo de
Víctor Hugo Morales



Prólogo

Los curadores del alma

Me van a bañar por primera vez fuera de la cama. Tito me pregunta si me puedo sentar y le digo que me parece que sí.

–Dame la mano, a ver –me dice mientras voy tratando de enderezar mi espalda. Él toma las piernas y las va quitando de la cama hacia el vacío. Me acomodo mejor y quedo sentado.

Las piernas ahora se apoyan en el piso.

–Quedate así, no te apures –me ordena persuasivo.

Hace algo con el cableado del oxígeno que pasa con una cánula por mis narinas. Acerca el trípode que sostiene, en lo alto, el suero y los otros remedios que van directamente a las venas.

Me cambia la cánula por una máscara de oxígeno.

–¿Te mareaste? –me pregunta.

–Que no, que estoy bien –respondo.

–¿Seguro? –me insiste.

–Sí, Tito, vamos que puedo. Estoy bárbaro, me parece.

–Tito se ríe y pone su hombro debajo de mi axila derecha.

–Agarrate bien. Uno, dos, tres. ¡Arriba! Bien, bien. Un guapo de aquellos sos. ¿Sentís algo? ¿Algún mareo? –El

hombre me sostiene con un brazo mientras doy un paso tras otro. Al mismo tiempo lleva todo el aparataje que está atado a mi cuerpo. A tres metros está el baño. Al llegar, con un pie acomoda el banquito en el que debo sentarme. Tito me sostiene, ubica el trípode, y coloca el pequeño taburete de madera casi debajo de mi cuerpo. –Despacito, no tenemos ningún apuro. Andá bajando, ahí, ya casi está... ¡Ehhh! ¡Campeón!, ¡ya está, lo hiciste!

Alejandro Mira (Tito), Alejandro López y Elizabeth fueron los enfermeros que más cerca estuvieron en los días de la clínica, esos días en los que me alejaba lentamente de la muerte.

Es en la ternura y la paciencia de ellos que encontré el más profundo amor por lo humano.

Hubo otros, y todos con igual dedicación, pero la frecuencia y la onda con los nombrados los convirtió en personajes inolvidables. Elizabeth me curaba la cola herida como si un animal me hubiera rasguñado con prisa. Mostrar el culo a una mujer no estaba en mis previsiones.

Pero al poco tiempo, nada importaba menos que eso. Uno se va quedando sin el pudor que provoca la exhibición de su cola, de su pito, de sus testículos, de su panza. El cuerpo es nada. Es una nariz, las orejas, es todo igual. Al cabo, el disfrute de las caricias que significaban la crema, las gasas, las toallitas, el cuidado del toque se convirtieron en algo deseado, esperado. “En un rato te curo”, me decía y yo disfrutaba del alivio por anticipado.

No les veía las caras, las máscaras y los barbijos ocultaban sus rostros. Un día, Tito se alejó hasta la puerta como si fuera a patear un córner y dijo que me iba a mostrar su cara,

así lo conocía. Era bien distinto de cómo me lo imaginaba. Tenía una idea de él muy diferente. Después, hasta verlo por segunda vez, era más fuerte la imagen que había inventado que la real. Aquel hombre astronáutico, que se movía con la suavidad de quien anda por la luna, un caminante del silencio, era la estatua que había esculpido en mi mente. Y el aspecto de hombre común, la foto del tipo bueno, sonriente y bien parecido perdía en la comparación.

Un enfermero, que en medio de la noche se desliza por la habitación cuando uno no duerme y las uñas han rasguñado las sábanas durante horas, es un amigo del alma. Esa sombra espectral que pasa a mirar cuánto suero hay, que toma el brazo y lo mira para ver si está todo en orden es lo único que se tiene en el mundo.

–¿No dormís? –pregunta Tito.

–No –dice uno buscando una respuesta–. Deben ser los corticoides, ¿no?

–¿Querés agua? Tomá líquido, todo lo que puedas. ¿Seguro que no precisás nada? En un rato vengo y cualquier cosa, ya sabés: tocás el timbre. Dormí un poco, quedate quietito y dormí.

El día empieza cuando entran como una tromba con inyecciones, toallas, gasas, elementos de trabajo. Todo a paso firme, casi alegre. Al anunciar el nuevo día, le ponen una nota de entusiasmo. Ofrecen un ímpetu arrollador que a uno le hace pensar que va a andar todo bien. “¿Desayunaste ya?”, “Hay que comer, hay que comer”, “Precisás estar fuerte, si no esto no camina”, te dicen mientras levantan la cama o acomodan la sábana. “A ver, date la vuelta un poquito. ¡Pero si estás

mucho mejor!”. Toman el recipiente de la orina: “Hiciste bastante, perfecto, esto promete”, te animan.

Las escenas que este libro describe tienen que ver con el dolor, la pérdida, la lucha de la vida y la muerte. El personal sanitario es el protagonista. Héroe civiles que, en el caso de los enfermeros, ni siquiera en esta etapa de tanta entrega y profesionalismo son reconocidos de esa manera. No son considerados como profesionales de la salud. No conozco una estafa mayor en el mundo del trabajo. Tito y los demás llegaban a la habitación después de un largo trajinar por otras salas.

Habían intubado pacientes, dado vuelta a los que ya estaban en esa situación y calmado a los que estaban lúcidos. Horas trajinando entre quienes podíamos contagiarlos. Llevándose a sus hogares el peso de las muertes, los gritos, los dolores y el gesto desesperado de quienes buscaban el aire que faltaba. Mal dormidos, comiendo entre sobresaltos, angustiados por la posibilidad de llevar el contagio a sus hogares.

Cada testimonio que conservemos de los tiempos de la pandemia nos hará mejores. Cuando se ama, el humano alcanza su más valiosa dimensión. Alguien que ama parece encontrar un camino de salvación. El amor por los protagonistas de este libro, por estos curadores del alma, nos fortalece, nos reivindica, nos hace mejores personas. También eso les debemos.

VÍCTOR HUGO MORALES
Buenos Aires, agosto de 2021

Introducción

Crónicas “para soltar”

“**E**n una casa de ladrillos a la vista en Villa Luzuriaga, La Matanza, hay carteles atados sobre las rejas negras. En la fachada sobresale una cartulina blanca con letras desprolijas: *Queridos vecinos, no salgo por pudor y porque los teléfonos no paran de sonar. GRACIAS POR EL AMOR. Todo va a estar bien y nos vamos a abrazar.*

El que firma es José María Malvido, jefe de la Unidad de Infectología y Control de Infecciones del Hospital Alberto Balestrini, un edificio gigante y solitario en el Camino de Cintura y Ruta 21, en el conurbano bonaerense. Tiene 42 años, trabaja allí desde que se creó, hace siete. No le gusta que le digan ‘doctor’, aclara que es médico.

Es el último sábado de marzo y está expectante: coordina el armado de protocolos, la distribución de camas, la capacitación del personal y el envío de muestras”.

Así comienza la crónica que escribí después de entrevistar a José María varias veces. Fue a principios de marzo de 2020 cuando el país se preparaba para la llegada del coronavirus. Hablamos por teléfono y chateamos durante semanas,

esperando el “pico de casos”. Soy periodista y en esos meses empecé a conversar con el personal de salud para después publicar textos en la revista *Anfibia*, el diario *Tiempo Argentino* y la web *Nuestras Voces*. Cada semana le escribía para saber cuál era la situación en el hospital. Al principio se lo escuchaba con adrenalina, enérgico. Con el tiempo, el tono fue mutando. “Cansado”, me respondía y contaba que la espera era desgastante. El estado de alarma permanente y la incertidumbre generaba, por ejemplo, crisis de llanto en los pasillos. En sus audios hablaba sobre los días sin ver a sus hijos, las personas aisladas, el miedo de saber que el virus ya estaba en los barrios vulnerables de los alrededores del hospital y de la tristeza que le provocaba ver a un compañero intubado.

“Yo te cuento lo que quieras, pero en el Instagram está todo. Es un diario de la pandemia. Lo que brota, lo escribo”, me dijo un día. Así empecé a seguir a @detrasdelosbarbijos en la red social Instagram.

En el Balestrini también trabaja Eugenia Traverso Vior, es médica internista y en esos meses recorría las salas en busca de espacios para nuevas camas para pacientes “respirados”, como se les dice en la jerga médica a los pacientes con asistencia respiratoria. Cuando todo comenzó, ella tenía 36 años. Está desde el inicio del hospital: en 2013 decidió renunciar a una clínica privada situada a seis cuadras de su casa para dedicarse a la salud pública. Ahora viaja 45 minutos desde Banfield hasta el hospital. Da clases en la universidad pública junto a José María.

La pandemia del coronavirus los unió. Él dice que escribe crónicas “para soltar” y ella saca fotos. Con el celular, con la cámara, muchas fotos. A ella le gusta escribir cartas y

enviarlas. A él, hablar. Habla por radio, habla en el consultorio y, a veces, habla con un megáfono mientras hace campañas de HIV en el barrio Puerta de Hierro con la Fundación Huésped y el cura villero Nicolás “Tano” Angelotti.

–Tengo ganas de armar un Instagram. Subimos mis fotos y las que sacaste vos. A eso le sumamos tus textos, los que escribiste para *Filo News* –le escribió Eugenia en un mensaje de WhatsApp.

–Todo el día voy sacando fotos. Me gusta que sea un proyecto en común –respondió José María–, pensemos un @. Detrás de los barbijos, diario de una pandemia.

–Que nos quede un registro de todo lo que estamos viviendo –contesta ella.

José María dice que está roto. Eugenia también está rota. Usarán la escritura para alivianar la carga de una pandemia que se pronostica voraz.

“Avisame si no me escuchás bien, que me cambio de lugar. Yo hago un programa en una humilde radio de La Matanza y el entrecortado me pone como loco”, así se presentó José María en la entrevista. Me contó que era el conductor del programa *Barrilete Cósmico* por FM Fribuay y que le apasionaba la radio. Yo también amo la radio, crecí en ella, y mi primer trabajo como periodista fue con Víctor Hugo Morales, el hombre que hace 35 años creó esa frase mientras Diego Maradona hacía el mejor gol de la historia.

La pandemia también nos unió. Decidimos ponerles voz y sonoridad a los relatos de *Detrás de los barbijos*: armamos un podcast que publicamos en Spotify y en #LaGarcía y difundimos en el programa *La Mañana* por AM 750. José

María grababa su parte en el baño de su casa para tener mejor acústica, Eugenia con el celular y yo con una pequeña consola.

En 2021, a un año del inicio del Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio, publicamos las crónicas de los primeros doce meses de pandemia en la revista *Anfibia*. Allí conocimos a Ariel Timmy Torres, fotógrafo de mirada sensible, que también unió su arte a este proyecto. Lo que siguió después es el camino hacia este libro de escritura apresurada que refleja las historias de quienes pusieron el cuerpo en todo el país: intensivistas que ven morir a sus colegas, ambulancieros que cantan en los pasillos, trabajadoras de limpieza que prestan sus celulares a pacientes en aislamiento, agentes de salud que hacen más de 500 kilómetros para vacunar. La escritura como una manera de eclipsar este tiempo inédito plagado de incertidumbre y dolor, pero también de uniones creativas que dan aire.

CELESTE DEL BIANCO
Buenos Aires, agosto de 2021

Índice

Prólogo

Los curadores del alma, VÍCTOR HUGO MORALES	9
---	---

INTRODUCCIÓN

Crónicas “para soltar”	13
------------------------------	----

CAPÍTULO 1

La previa (marzo / abril 2020)	17
Rezo por vos	21
“Nos están mandando a morir”	23
Centinelas	25
Poliempleo	27
El viaje de Joe y Robert a un hospital público de La Matanza	29
“Lo peor aún está por venir”	31
Un cumpleaños a distancia	32
No creas todo lo que ves en la tele	34
¿Por qué me elegiste?	36
¿Todos contra todos? ¿Todos juntos o distanciados?	38
La comunión de las nueve	41

CAPÍTULO 2

Odio esta profesión (mayo / junio 2020).....	43
Abrir y cerrar	46
Ojalá seas yeta	48
De residentes y copas del mundo.....	49
Mientras buscamos un tratamiento	51
Asesinos	53
Ratas.....	55
Volver a casa	57
Escapismo	59
Ni héroes ni heroínas	61
¿Y si salimos mejores?.....	62

CAPÍTULO 3

Semana récord (julio / agosto 2020).....	67
Nuestros récords	70
Culpa	72
Sin paz	74
El rescate.....	75
Payamédicxs	76
Un respiro	78
No me banco	80
Lista de espera	81
Comunicadxs	82
Redes	84
Un show.....	85



CAPÍTULO 4

Antes, la vida (septiembre / octubre 2020).....	87
Pandemials.....	90
Acompañar	91
La búsqueda.....	93
Altagracia	94
Camuflada	95
Un rato más	96
Si nos dejan.....	98
Emilse	99
Del otro lado.....	101
¿Voy a estar bien?	102
Musicoterapia	104

CAPÍTULO 5

Las manos (noviembre / diciembre 2020).....	107
Las gratitudes.....	111
Ropa limpia afuera	112
Vengo a trabajar, no a que me falte el aire.....	113
La One.....	115
Yo las veo reír	117
Las otras víctimas del coronavirus	119
La rebelde	121
El día que me animé a conocer a Raquel	123
Las crisis del comité	124

CAPÍTULO 6

La esperanza de las vacunas (enero / febrero 2021)	127
Deseos.....	130



El año del coronavirus	132
Vacaciones	133
Mensajes	135
Administrar el combustible	136
Afortunada	138
Una dosis de felicidad	140
¿La nueva ola?	142
¿Y a vos quién te cuida?	143

CAPÍTULO 7

Ayúdame a respirar (marzo / abril 2021)	145
Somos los que estamos ahí, antes y después de la pandemia	149
Ana no duerme	150
En ellos	152
Caricias	154
Dolor	155
Casos, contactos estrechos, controles y que cumplamos felices	157
El fantasma	159
De nuevo a nadar	160
Llegó	161
El esfuerzo	163

CAPÍTULO 8

Tsunami (mayo / junio 2021)	165
Un mal sueño	168
Lo que se lleva el virus	170
“Afrazados”, más que nunca	171

Pasillos.....	173
El oxígeno que necesitamos.....	175
Hola... ¿hablo con la Pantera Rosa?	176
La cura.....	178
Intensiva mente	180
Soportar.....	181
Juegos en el aire	183
Cortocircuitos y peleas.....	185
El horizonte	187
Consciente con sentimiento.....	189

CAPÍTULO 9

Ver las olas pasar (julio / agosto 2021)	191
Alegría viral	194
Realidades paralelas.....	196
“Nueva normalidad”.....	197
Aire puro	200
Morir en soledad.....	201
Adaptados.....	203
El virus en las comunidades guaraníes.....	205
En estado de alerta y sin abandonarnos	207
Montaña rusa	208
Acceder, promover y combinar.....	210
Esquirlas	212
Lo que queda	213
Escribir, soltar, respirar y volver a ponerse el barbijo.....	216
Agradecemos.....	219

Detrás de los barbijos es un homenaje a las y los trabajadores de la salud por su labor y esfuerzo durante la pandemia del covid-19.

Las autoras y el autor donarán sus derechos autorales y la editorial hará lo propio con la ganancia producida por la venta del libro al Hospital Dr. Alberto Balestrini de La Matanza, provincia de Buenos Aires.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo aquí,
en www.editorialmarea.com.ar
y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y
recomendaciones este proyecto editorial.

